

María José Cortés

CICATRICES DE ASFALTO

PRÓLOGO DE
JESÚS URCELOY



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE POESÍA, n°31—
MADRID • MMXIII

De la obra © MARÍA JOSÉ CORTÉS ÁLVAREZ

Del prólogo © Jesús Urceloy

De la edición © Editorial Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © *Let's dance*, de Vali (licencia de Fotolia)
Ilustración de la autora en solapa © María Antonia Gª de León

Imprime Cimapress (Madrid)

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento
y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por
método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Octubre 2013
I.S.B.N: 978-84-941902-9-2
Depósito legal: M-29372-2013

Fabricado íntegramente en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*Un poema no existe si no se oye,
antes que su palabra, su silencio.*

JOSÉ ÁNGEL VALENTE

CELEBRACIÓN DE MARÍA JOSÉ CORTÉS

Estas pocas palabras no son un prólogo

Conozco a María José Cortés desde los tiempos en que todo era posible. Desde esos tiempos en que yo era más flaco y más valiente, desde esos tiempos en que fumar estaba bien visto hasta por los cardiólogos y sólo ponían fútbol, ese entontecimiento, los fines de semana. Esos terribles tiempos en que la gente leía libros y tenía la insana costumbre de pasear por las calles hablando de las películas que habían visto, de guarecerse en los portales y en las marquesinas no para no mojarse, sino para ver mejor caer la lluvia. Esos tiempos en que nos íbamos acompañando los amigos de casa en casa y al final terminaba yéndose solo a la suya, no quien sacaba la pajita más corta, sino a quien le quedaban más páginas por leer. Esos tiempos, en definitiva, en que tomarse la vida en serio era sólo un lugar común.

Esa es la razón de que haya visto nacer, desarrollarse y ser a muchos de los poemas de este libro. Los he visto en sus manos, aparecer de pronto, entre libro y libro, entre café y café, como pequeñas gotas transparentes que a fuerza de mirarlos y desearlos iban tomando forma. También he paseado con ella muchas calles de Madrid. Desde Juan XXIII a Princesa, desde Alonso Martínez a Bilbao, desde aquella Julián Romea de los inicios, pasando por Santander, con ese parque que hoy es feudo de golfistas y que, en un tiempo sostuvo entre sus altas sombras los secretos de una escritura compartida. Hermosilla —y sus bares—, y también, aunque por distancias y apegos, Ferraz, Tirso de Molina, Marqués de Leganés, Manuela Malasaña, Buen Suceso y Conde Duque. Calles que nos han visto pasar y que, aunque con otras cicatrices, saben de la existencia y de las gentes. Y que desde ahora

también son poemas. Calles que hoy, por boca de María José, dejan de ser testigos mudos de una soledad para ser susurros, voces pautadas por el verso de la memoria y la palabra valiente. Voces que hablan, como nos enseña Neruda, «entre» y nunca «sobre» la multitud.

Ella dirá que no, que exagero, que quién va a hacer caso a las palabras de un poeta. Que ella asistía por libre a mis clases de poesía, que cumplió sus obligaciones, hizo los deberes, aprendió ritmos, versos y formas y expuso, ante el aplauso de sus compañeros, el fruto de mis enseñanzas. Y yo diré que quien realmente aprendía era yo. Aprendía de su gesto humano y doliente, de sus palabras llenas de difícil silencio, de su poesía intensa y frágil, no de verso corto sino de distancias cortas, precisas. De unidad en el dolor, de unidad en la alegría. Yo iba aprendiendo que las calles y sus cicatrices son caminadas por pies y zapatos, que son la aguja viva que cose el asfalto para no caer en esas grietas, esos pequeños infiernos de la desmemoria.

Yo era quien aprendía. Yo era, cuando la soledad hacía de sus noches de insomnio incluso fruto para el consuelo, quien iba haciéndome persona en su poesía. Hace unos años —siempre pocos— tuve el honor (ese concepto que ya casi se ha perdido) de presentar a María José. No me puedo sustraer a poner aquí aquellas palabras:

«Si yo dijese María José Cortés, y lo dijese en voz alta, y después estallase una tormenta terrible, y el miedo y la sinrazón se apoderase de la calle, y los hombres y los niños corrieran y se agazaparan bajo puentes, portales, cavernas, vehículos, tal vez esperando la llegada de la gran ola, esa que muere matando sin saberlo. Si yo dijese María José Cortés, y todo, como de repente, concluyera y sólo quedara la calle recién mojada y limpia, con ese olor a ozono, a tierra húmeda que se le pone también a

las ciudades huérfanas de tierra, como si una mujer hubiese caído en la cuenta que había que cerrar un grifo, que lo que pasaba es que alguien se había dejado abierto un grifo, un grifo con el dolor de una mujer, porque el dolor de una sola mujer es también el dolor de todos, y después pensase en quién, quién tuvo el valor necesario para levantarse de la siesta, el valor necesario de marchar hacia un trabajo estúpido, no sé, en una estúpida tienda de modas, en la recepción de unas oficinas, no sé, en el cableado de un pequeño tren eléctrico, no sé, en los trabajos indeseables, orgánicos, en los trabajos de la indiferencia, en los trabajos de la poesía, donde el que ama sufre porque ama y goza porque ama y siente porque ésta forma de amar es morir y seguir y seguir hasta que un día... Si yo pudiese decir y enumerar los cortes, las heridas, los versos, los poemas, el silencio que María José Cortés ha ido empujando en su obra, en sus días, en sus viejos zapatos de alquimista, guantes, amaneceres, galletas, cerrar los ojos, no verse, apagar el televisor, no verse, encerrar el balanceo cartesiano del infinito y no verse, duplicar el miedo y el corazón arriba y no verse las horas agujero, y todo, todo, para que Dios crease el mundo en seis vulgares días. Si yo pudiese decir el nombre de María José Cortés en voz alta, así, con las letras bien erguidas ante el silencio, y lo dijese, y al decirlo todos los grifos del dolor callasen un instante, aunque fuese de puro artificio, aunque fuese una millonésima de segundo, impalpable, casi tenue, con la suavidad de un vientecillo ajeno que rozara nuestra sien, con la ternura de un pensamiento que creyéramos olvidado, con la ternura de esa gota silenciosa y pequeña, tan necesaria, tan poema... Si yo pudiera decir esas letras, esas gotas sencillas, tan insignificantes, tan de poco sentido, pero tan

útiles, tan justamente útiles, porque decir el nombre de un poeta, cualquiera, y decir el nombre de un poeta en voz alta, en voz alta, en los días de lluvia, de tormenta, de sol hasta los muros, de viento o de calma chicha, de mar embravecido o de noches de ciudad, decir el nombre de cualquier poeta es decir el nombre de todos los poetas, de todos los hombres y mujeres valientes, hasta más allá de la sinrazón, hasta más allá de la codicia, porque decir el nombre de un poeta es abrir todos los grifos hasta la última gota, y es ponerse de frente ante la gran ola, esa que no conoce su destino de niño, y alzar las dos manos y decirle, ven a mi, no a por mi, sino conmigo, vámonos juntos donde el viento sopla, donde el sol ya se ha puesto, donde el hombre no calla: vámonos juntos donde nadie habita, donde la paz descansa en los brazos del terror, donde el que habla protesta y dice y no puede ser callado. Si yo pudiese decir el nombre de María José Cortés en voz alta, tal vez se arrojaría de su siesta, tal vez llegase temprano, quizás nuestra pequeña historia de seres pasajeros, intermitentes, dúctiles, pudiera aún tener un pequeño soplo de salvación. Tal vez lo diga ahora. Sí, que bueno sería decir María José Cortés en voz alta.»

Así pues, te ruego, desocupado lector, que leas los poemas de María José en complicidad pero no en silencio. Que no caigas en la monotonía ni hagas del spleen romántico asidero de tu boca. Paladea cada palabra. Date el gusto de ser. Siéntete poema.

Ya lo he dicho: estas pocas palabras no son un prólogo.

Son solo una pequeña carta de agradecimiento.

Por lo tanto, María José Cortés, gracias.

JESÚS URCELOY / finales de septiembre de 2013

EL ASFALTO

CICATRICES DE ASFALTO

CICATRICES de asfalto

búsqueda en la pesadilla de los vagones
palabras afiladas con un punto.

Cicatrices

en los mensajes que no recuerdan mi número
en enero entre las sábanas
en los errores apócrifos.

Cicatrices.

PENSAMIENTOS

LOS pensamientos son como hojarasca
que golpean la cabeza sobre el sonido de los pasos
que golpean la sien de aquella tarde
que impiden esta noche.

En este túnel de ojeras
maquillo la cisura entre las estaciones
subo al autobús aunque no llegue
cambio de identidad.

Los pensamientos suelen caminar
como si nunca hubiesen visto desnuda a la Cibeles
como si nunca hubiesen visto el incendio de la tarde
sin ver el sol colarse en las muñecas.

CONDE DUQUE

AHORA entiendo
las manos que sostienen las esquinas
el puente entre los dedos
los zapatos tras la marquesina.
Entiendo ahora.

PRINCESA

LOS recuerdos redolan
en coches la plaza de los cubos un mendigo
los recuerdos se ponen la máscara de dios
en los cines Renoir
los recuerdos quedan presos en anuncios por palabras
tras el café compartido
que interroga la garganta de aquella espera.

BUEN SUCESO

QUISE vivir siempre en los adverbios
me equivocaba.

Quise habitar el instante con ojos piel trayectos
sólo supe a ratos.

Quise habitar la noche con un alarde de equilibrio
olvidé mi propensión al vértigo.

EL ATARDECER

LA luz se eleva sobre la montaña
la luz se eleva sobre el amanecer de lino
sobre mi piel, la luz, se transustancia.
Al final del trayecto
los ojos se refugian
tras la cerámica del atardecer.

LA SIEN

DESPIERTO en la sien de la madrugada
la cabeza
repleta de ojos en la cerradura
de espera con Godot
del silencio que quedó en las copas.
Intento apaciguarla
con una palabra que derrote a la carcoma.
La madrugada dice
que las sienes le pesan
como la inminencia del desahucio
como una fecha en la nuca de un yogurt
como una cuesta de horas.
La madrugada dice
que ha visto niños que no creen en los juguetes
padres que aún creen en el periódico
ancianos que descreen del otro en el espejo.